



Violencia silenciosa en el proceso adolescente

Psic. Luis Correa Aydo ¹

*Depende de lo que hagas en este instante
no de Dios, no de Dios ni de lo que hiciste antes
Mañana
yo me pregunto cuándo va a ser
mañana*

(La vela puerca)

Nos proponemos revisar la presencia de situaciones y vivencias violentas en la vida de los adolescentes, desde una perspectiva poco visible para la mirada común de la sociedad, aquella que es expresada en la construcción de sus discursos públicos, cotidianos y mediáticos que se ocupan con insistencia de la violencia juvenil. Creemos que este imaginario colectivo se adscribe a sucesos de cariz público, en los cuales la violencia es actuada. El interés por el tema se asocia a cierta sensación epocal de inseguridad, para la cual se suelen ofrecer explicaciones superficiales o insuficientes, centradas en aspectos problemáticos de la realidad social que no revestirían carácter de necesidad y que por lo tanto serían modificables. Esto es: se considera a la violencia en general, y a la violencia adolescente en particular, como una anomalía que es necesario corregir, o bien, en el peor de los casos, reprimir. La violencia social es comúnmente entendida como fenómeno reactivo ante condiciones desfavorables, por lo cual se tiende a creer que con determinadas reformas socio económicas y acciones educativas podría eliminársela, o minimizarla al menos.

No hablaremos aquí de esa violencia pública, sino de otra que caracterizamos como “silenciosa”. Nos referimos a una dimensión de la agresividad constitutiva del sujeto que en

¹ Presidente de Comisión Directiva de Audepp

Carlos Berg 2539 – 711 00 17 E-mail: lcorreay@adinet.com.uy

psicoanálisis ha merecido sostenida atención, tal vez porque la teoría de las pulsiones siempre consideró esta arista problemática de la condición humana y porque el aporte psicoanalítico a la antropología de la cultura también tuvo en cuenta, desde los escritos de Freud hasta los desarrollos actuales de la teoría, a la violencia potencial y simbólica como un factor inherente a la trama vincular. Esto no significa negar que la mayor o menor intensidad con que esta violencia alcanza vías concretas de expresión colectiva está modulada por factores sociales y culturales, ni que en el plano individual el estar sometido a ciertas condiciones puede sobredeterminar el comportamiento violento del sujeto.

“Violencia silenciosa” es un término que se me ocurre para denominar a procesos que inciden en la subjetividad de los adolescentes de una manera efectiva pero con baja intensidad para el observador común. Aludimos no sólo a una suerte de violencia internalizada, sino también al reflejo de la misma en actos y producciones adolescentes que no son, o no parecen ser en sí mismos violentos. En realidad sugerimos que la violencia que normalmente nos ocupa es “ruidosa”, audible, visible, y tan concreta que deja su huella en la materialidad de los cuerpos y de los objetos. Con nuestro enfoque estamos, obviamente, extendiendo la significación del término ‘violencia’ al área simbólica. Como dice I. Berensteinⁱ, cuando calificamos de violenta a una acción nos referimos a un acto con un monto de destructividad “que rompe o degrada la forma original de algo” (p. 257). El concepto se extiende al campo psíquico como el efecto que produce la invasión del límite que define la subjetividad del otro. Las acciones violentas se ligan, dice el autor “a fuertes emociones vinculadas a la agresión, con una característica de exceso en el sentimiento de no tolerar el límite ofrecido por otro sujeto, su mente y en especial su cuerpo.” (p: 257)

En particular, la relación entre los adolescentes y los adultos parece estar condicionada por ansiedades paranoides intensas mutuamente experimentadas, en las cuales la tolerancia a la subjetividad del otro se manifiesta especialmente interceptada.

Partiré de una afirmación de Winnicottⁱⁱ que siempre me ha impresionado por la contundencia y claridad con la que expresa la dimensión estructural de la violencia en el proceso adolescente. “En la fantasía inconsciente total correspondiente al crecimiento de la pubertad y la adolescencia existe *la muerte de alguien*.” (p. 187) Desplazar a la generación de los padres, ocupar su lugar, es registrado en las profundidades del inconsciente con un significado mortífero. Igualmente los padres *saben* inconscientemente que el crecimiento

de los hijos, el acceso real a la posibilidad propia de ser padres, anuncia indirectamente la paulatina declinación de sus vidas. Es verdad que la mejora cuanti y cualitativa de las expectativas de vida, prolongando la juventud corporal y psicológica de los adultos, ha modificado estas condiciones - marco, pero esto no hace sino complejizar el fenómeno, generando nuevas formas de rivalidad intergeneracional. El escenario y el tono de la historia pueden variar pero el fondo dramático es siempre el mismo. Recorro otra vez a Winnicott para expresar en toda su radicalidad el tema: “Si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso sólo puede darse por sobre el cadáver de un adulto. (...) Sé por supuesto que (muchos) [los] jóvenes y [las] chicas se las arreglan para pasar por esta etapa de crecimiento en un marco permanente de acuerdo con los padres reales, y sin expresar una rebelión obligatoria en el hogar. Pero conviene recordar que la rebelión corresponde a la libertad que se ha otorgado al hijo, al educarlo de tal modo que exista por derecho propio. En algunos casos podría decirse: ‘Sembraste un bebé y recogiste una bomba’. En rigor esto siempre es así pero no siempre lo parece” (p. 187)

Hay que recordar que estas ideas fueron formuladas en los años sesenta, época emblemática de la rebelión juvenil. Partiendo de la base de que la subjetividad es también producida históricamente, cabe pues preguntarse si el planteo tiene vigencia hoy, en un contexto tan lejano al de mayo del 68, cuando los íconos del rock son abuelos sesentones que se parodian a sí mismos repitiendo la misma gestualidad, pero desnudando la ausencia de auténtica pasión. Más aún, podría preguntarse qué vigencia tiene en nuestra sociedad uruguaya, tan escasa en jóvenes y en expresiones culturales que les den visibilidad.

En la investigación realizada por la Facultad de Psicología de la UDELAR, ⁱⁱⁱ “Los adolescentes uruguayos hoy” se detectó, en el análisis estadístico de algunas respuestas de la encuesta, una baja significación atribuida por los jóvenes al enfrentamiento generacional con sus padres. Interrogados sobre el grado de acuerdo en cuestiones de sexualidad, proyectos de futuro y uso del tiempo libre, se encontraron porcentajes superiores al 60% de acuerdo en las tres áreas.(p. 230)

Sin embargo, en un trabajo de análisis de la encuesta^{iv}, correlacionando estas respuestas con otras de la muestra, en las que se investiga más finamente el diálogo intergeneracional, las autoras concluyen que más que una verdadera abolición del conflicto, lo que hay es un acuerdo superficial, sustentado en una significativa debilidad de la

comunicación real entre adolescentes y adultos. Se plantea la hipótesis de que este conflicto se reformula en función de la crisis de identidad del adulto, quien se hallaría descolocado del rol normatizador que tradicionalmente ha tenido (p.115).

Al mismo tiempo, el ser y mantenerse joven se ha transformado en una obsesión para los adultos, incluso mimetizándose con los adolescentes.

Alicia Costanzo^v dice, luego de examinar la entronización cultural del ideal adolescente “Los jóvenes de hoy no tienen dioses ni maestros, pero tampoco un lugar real: es difícil obtener trabajo, los espacios ofrecidos por la sociedad no son claros y fácilmente los jóvenes son estigmatizados por los adultos como 'los adictos', 'los violentos', etc. Son estos mensajes contradictorios los que encierran una gran cuota de violencia. Violencia que, en algunos casos, los adolescentes devolverán de diferentes formas” (p. 3)

Lo que se idealiza, se imita y se desea ser es un estereotipo adolescentizado de ser humano eternamente joven; lejos está la vida real de los adolescentes de verdad.

Si bien ser joven es presentado como lo bueno y deseable, por otro lado se ha extendido la idea de que se vive una época particularmente propensa a la violencia juvenil. El conflicto generacional, forcluido tras la apariencia liberal del acuerdo y el predominio de la estética juvenil, retorna bajo la forma de queja del adulto en relación al comportamiento adolescente.

La convicción de que vivimos en tiempos violentos ha sido construida, al decir de Lipovesky^{vi}, más por la deslegitimización de la violencia como valor dominante, que por el incremento estadístico de los actos violentos. Sobre el contraste con un pasado muy reciente en términos históricos, - no más de cien años- donde la violencia era un ingrediente admitido de la convivencia y del placer en las sociedades occidentales, se ha impuesto un clima social de aspiraciones narcisistas. Más que de auténtica paz, se trata del respeto exigido hacia lo diverso. El autor se pregunta: “¿Cómo las sociedades de sangre han podido dejar paso a sociedades suaves donde la violencia interindividual no es más que un comportamiento anómalo y degradante, y la crueldad un estado patológico?” (p. 173) La respuesta es que ha triunfado un ideal civilizatorio individualista, que reconoce al Estado el monopolio del uso de la fuerza. Sin embargo la sensación general no es de tranquilidad; al contrario: “La inseguridad es el correlato de un individuo desestabilizado y desarmado que amplifica todos los riesgos, obsesionado por sus problemas personales, exasperado por un

sistema represivo al que considera inactivo o demasiado clemente”(p.204) Lipovsky sostiene la idea de que lo que aumentó no es, como nos hace creer el informativo de las 20 hs., la violencia sino la sensibilidad frente a ella, de modo que se ha convertido en noticia lo que hace cien años era rutina. Es verdad sin embargo que ha aumentado (en frecuencia y en intensidad), la violencia marginal, no encuadrable en proyectos históricos políticos, o generacionales. Y es verdad también que es más fuerte su influjo entre los jóvenes marginados, quienes tienen más prisa y menos oportunidades de acceder a los bienes de consumo. Pero esta comprobación no autoriza a dar crédito a la convicción extendida de que la juventud *en general* se inclina hacia la violencia de modo indiscriminado.

Si por un lado existe esta convicción injusta, por otra parte sí es verdad que las sociedades humanas han sido recurrentemente crueles con sus miembros más jóvenes. En un libro de notable vigencia, “El filicidio”, publicado en 1973, Arnaldo Raskovsky^{viii} analiza el tema. Luego de un recorrido por la historia y la mitología se detiene en la realidad al comenzar el último tercio del siglo XX. Para este autor la forma culminante de institucionalización de la violencia que tiene por objeto a los jóvenes es la guerra; pero sin llegar a esta forma extrema, la violencia referida en los historiales clínicos y criminológicos, las estadísticas sociales y las prácticas ritualizadas de muerte, mutilación y abandono ejercidas sobre niños y jóvenes, a lo largo de todo el mundo, mantienen a fines del siglo XX una sorprendente extensión y gravedad. Rascovsky (p. 95 y sgtes.) formula sus hipótesis con ortodoxia freudiana: La internalización de la organización de dominación violenta, padre – hijo, en las relaciones del yo con el superyó, lleva a que por identificación con el agresor se proyecte y perpetúe en los hijos la actuación violenta, so pretexto de educar y someter al individuo a los valores superiores de la cultura. Creemos que en la actualidad habría que darle particular relieve a motivaciones más nítidamente narcisistas en los adultos, en tanto se consienten y hasta se estimulan formas de riesgo entre los jóvenes, con la finalidad poco encubierta de evitarse las molestias de la educación, del apoyo, ...y del conflicto. Cuando se habla de crisis de la función paterna se está diciendo en realidad que se evita la confrontación. Y la confrontación, como veremos más adelante, es la forma más sana de relación intergeneracional. En ese lugar, donde debió existir un adulto que sostuviera una actitud confrontativa, ha quedado un vacío. Creemos que la imposición de este vacío, a pesar de construir una apariencia superficialmente pacífica, es más violenta

que la descrita en el modelo de Rascovsky. ¿Dónde hallará el superyo las raíces para su constitución? Como sabemos, la educación y la cultura acompañan a las imagos paternas en la internalización de los valores. En realidad toda la constitución de la subjetividad y no sólo la formación del superyo se alimentan en estas fuentes. Para las actuales generaciones hay nuevos estímulos, de influencia decisiva en este proceso. La televisión, los video juegos, Internet, etc. resultan tanto o más importantes que las formas institucionalizadas tradicionales de producción del sujeto psíquico (familia, escuela, etc.). Me voy a detener brevemente en una de ellas.

No es mi intención insistir sobre el tópico de culpabilizar a la televisión acerca de las respuestas violentas que se verifican en las sociedades contemporáneas. Menos pienso discutir si la TV y los otros medios crean o reflejan la violencia que nos acompaña en la vida cotidiana. Pero sí quiero detenerme en la contribución de la estética de los reality shows en la constitución de la subjetividad de los niños y adolescentes. En el caso de la televisión, la ilusión que sustentan las nuevas formas de narración discursiva es la de la presentación sin mediación del suceso, una especie de presentación “en vivo y en directo” de la vida misma. Así los hechos que supuestamente serían presentados en bruto pueden ir desde la trivialidad de la convivencia artificial de unos jóvenes en una casa falsa, al registro del accidente callejero con sus hierros retorcidos y cuerpos lastimados, pasando por la confesión o el chisme que hace público lo privado incluyendo el infaltable condimento sexual, presentado bajo la premisa de decirlo y mostrarlo todo. Esta estética tiene un efecto debilitante de la subjetivación, dificultando la integración al proceso secundario de los sucesos, lo cual transformaría a los mismos en acontecimientos. Detengámonos en la distinción entre ambos conceptos – suceso y acontecimiento - siguiendo el desarrollo de cuño lacaniano que formula Liliana Cazenave^{viii}. El suceso es de raíz visual, se vincula al mirar y puede oponerse al decir, al poner en palabras. La apropiación simbólica del suceso, en algún registro de tipo lingüístico, constituye la posibilidad de su historización, aspecto definitorio para que el suceso integre una cadena de sentido y devenga en acontecimiento. En otras palabras, sólo cuando escapo a la mera fascinación por el devenir de los hechos para, en un tiempo posterior, interrogarme sobre mi implicancia en los mismos, puedo simbolizar, atribuir un sentido. Esta posibilidad de significar tiene obviamente implicancias

axiológicas, pero lo que es más importante, tiene efecto subjetivante, integrador del psiquismo. La pura seducción del suceso, desarma la posible apropiación simbólica de la realidad, limitando al individuo a un repertorio de conductas básicas, cercanas a la mera satisfacción de la necesidad, según cuyo modelo tiende a simplificarse toda la riqueza de la experiencia humana (p. 48) Como dice Baudrillard^{ix}: [Actualmente] “Lo único que constituye una manifestación histórica verdadera es *esta huelga de los acontecimientos*, este rechazo a significar lo que sea o esta capacidad de significar cualquier cosa.” (p. 38)

Sin embargo, no puede pensarse que la violencia en el proceso de subjetivación adolescente sea un simple producto de las circunstancias culturales de su desarrollo como tal. Debemos interrogarnos por las raíces de la aptitud para la simbolización en la historia temprana del sujeto. Tratemos entonces de pensar metapsicológicamente el origen de esta violencia silenciosa. Piera Aulagnier^x ha hecho una contribución radical a este tema con la introducción del concepto de violencia primaria en los orígenes de la capacidad de representación: “Designamos [así] (como violencia primaria) a la acción mediante la cual se le impone a la psique de otro una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo de quien lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde para el otro a la categoría de lo necesario” (P.36)Y agrega: “Esta imbricación (de lo necesario, lo deseado y lo demandado) posibilita a la violencia primaria impedir que se la revele como tal, al presentarse bajo la apariencia de lo demandado y de lo esperado.” (p.36 y 37) Piera Aulagnier está, con este desarrollo, teorizando sobre las consecuencias para la vida psíquica del niño que trae consigo la anticipación del discurso materno. Es decir que, en una línea similar a la de Laplanche y su teoría de la seducción generalizada, se caracterizan como normales aspectos de la subjetivación que desde otro ángulo tendrían un matiz patológico. Esta perspectiva impone, por lo tanto, alguna clase de distingo entre la violencia primaria, normal y necesaria, y otras formas que tendrían efectos patológicos en la conformación del mundo mental del niño. Y la cuestión es si ese distingo puede hacerse sobre una factor cuantitativo, que supondría un cierto monto excesivo en el caso que dicha violencia primaria excediese los límites de su estricta necesidad instauradora del psiquismo del niño, o sobre una distinción de cualidades. Haciendo una analogía con la teoría de otro autor que se ha ocupado de la interacción temprana, diríamos que de algún modo cuando Winnicott

habla de “madre *suficientemente* buena”, introduce aunque sin precisarla, una referencia cuantitativa. El camino por el que opta Piera Aulagnier es otro. Para ella existiría una violencia secundaria (p.34), cualitativamente diferente de la primaria en tanto ya no es necesaria para la organización del aparato psíquico y la constitución del yo, sino que se ejerce *contra* este ya constituido. Su meta es oponerse a todo cambio en los modelos instituidos con la violencia primaria, refuerza un estado de sujeción al poder y ataca la posibilidades de alcanzar un umbral de autonomía por parte del yo, preservando en forma simbólica y material grados significativos del estado de dependencia originario. El modo como esta operación se realiza es el siguiente: el yo adquiere la capacidad de significar a posteriori la violencia originaria como “necesaria y natural”, y esto es parte del proceso normal. Pero la acción de la violencia secundaria justificada bajo la misma premisa que la primaria, no puede ser distinguida por el yo de la otra, de suerte que ni siquiera puede ser identificada como violencia por su víctima. Creemos que en esta violencia innecesaria ejercida sobre el yo se originan dificultades de simbolización que, entre otras cosas, dan pie en el desarrollo posterior a la vivencia inconsciente de violencia y, eventualmente a su proyección actuada por el sujeto.

Ahora bien, si volvemos desde los orígenes de la actividad de representación al estado de cosas que trae la adolescencia, el trabajo de simbolización debería completar en esta etapa un proceso que culminaría en el logro de una identidad adulta. Este proceso está presidido por la actividad de resignificación.

Myrta Casas^{xi} destina un capítulo de su libro “En el Camino de la simbolización” a este tema. Situada en la perspectiva de la clínica con adolescentes retoma el concepto winnicottiano de confrontación y lo extiende a la relación del adulto con el adolescente de un modo general. La confrontación no sería sólo el modo como el adolescente le habla al mundo, sino el modo como el adulto debe escuchar al adolescente.

Dice la autora: “ ‘Confrontación’, como lo muestra su raíz etimológica da cabida a varios sentidos, (...); así el ‘enfrentar’ perfila la agresividad inherente al enfrentamiento, la ‘afrenta’. También es ‘comparar’ comparar – se; y esta dimensión, junto con ‘frontera’, (también origen del vocablo) conduce a la necesaria delimitación que dicho acontecer conlleva. Ejercitación del *agon*, del agonismo, especialmente con el progenitor del mismo sexo. Es evidente, entonces, la importancia del otro en esta peripecia, camino

identificatorio, donde se recrean y se resignifican enfrentamientos duales y se da lugar a las pérdidas y simbolizaciones.” (p. 297)

Sostenemos que parte de las dificultades de los adolescentes en tramitar la resignificación de la violencia primaria y en identificar como tal a la violencia secundaria, es decir, como un plus de violencia ejercida sin verdadera necesidad para el proceso normal de subjetivación, es efecto de dos causas de naturaleza aparentemente opuesta. Por un lado, como hemos dicho, el discurso adulto actual sobre la relación con los adolescentes tiende a esquivar la verdadera confrontación, sustituyéndola por una suerte de coincidencia intergeneracional imaginaria que fraterniza los vínculos y elimina la tensión real entre las generaciones, en una especie de renegación generalizada. Desde otro lado suele trasuntarse una dificultad en concebir la especificidad del proceso adolescente, que lleva a un rechazo de las manifestaciones que le son propias, expresando una desconfianza prejuiciosa hacia todo lo que viene de su mundo.

Creemos que ambas actitudes tienden a engendrar en el adolescente un plus de ansiedad paranoide al que consideramos responsable de tres elementos característicos de la adolescencia de los tiempos actuales:

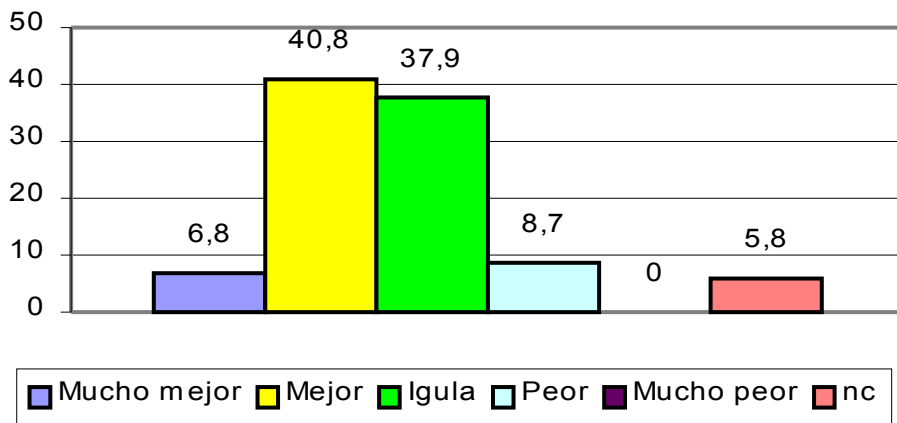
- * la externalización evacuativa a través de la violencia propiamente dicha,
- * la vivencia ambivalente sobre la violencia internalizada que bascula entre la culpa y el reaseguramiento, y
- * las dificultades para engendrar acciones reparatorias por falta de un discurso adulto que interprete y permita reintegrar al yo un sentido pertinente para estas vivencias.

Veremos, en una aproximación cuantitativa, la percepción de un grupo de adolescentes sobre el problema de la violencia que, nos parece, sustenta estas afirmaciones.

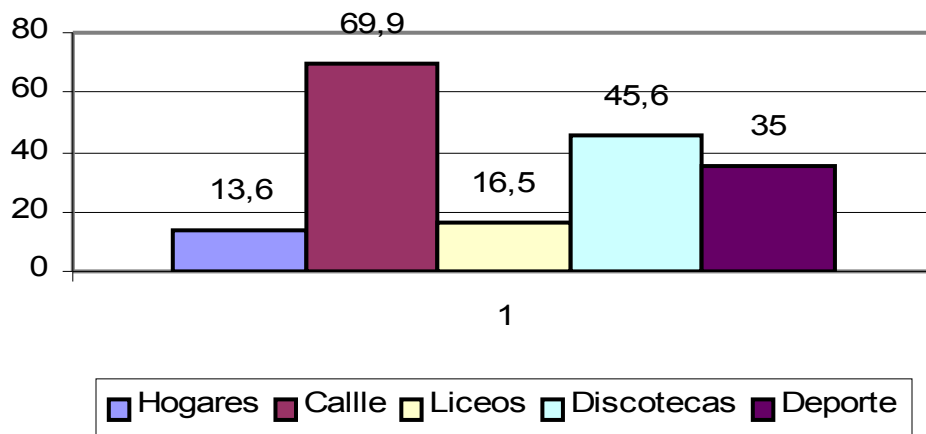
ENCUESTA: PRESENTACIÓN DE CUADROS ESTADÍSTICOS

(Encuesta sobre percepción de la violencia aplicada a 103 adolescentes, alumnos de 3er. año de liceo, de entre 14 y 17 años)

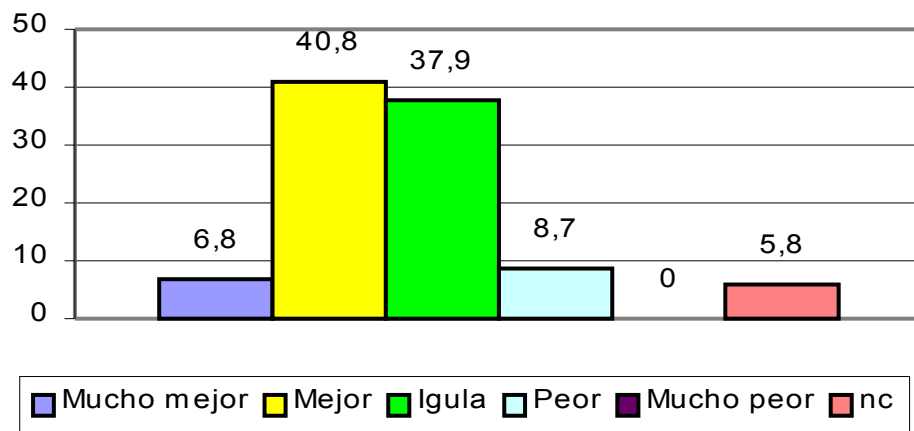
Comparada con la realidad de los jóvenes y adolescentes de otros países cómo calificarías la situación de los de nuestro país.



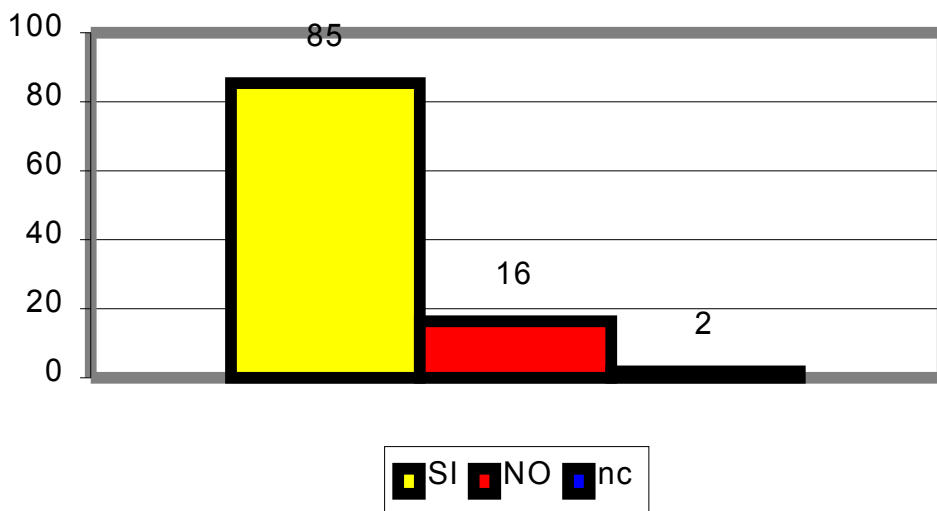
¿Cuáles son los lugares donde la violencia te parece que está más presente?



Comparada con la realidad de los jóvenes y adolescentes de otros países cómo calificarías la situación de los de nuestro país.



Según tu opinión y basado en lo que has leído o te han contado ¿Vivimos en una época especialmente violenta?



Otros chicos se expresan a través de producciones literarias. Un adolescente de 16 años describe en un poema sus vivencias al practicarse cortes en los brazos. Esta es precisamente una forma también violenta de expresar sentimientos profundos de angustia.

En general no presenta problemas de conducta, ni encuadra en la tipología superficial del adolescente transgresor, aunque suele verse envuelto en problemas que otros generan, ya que desea ser valorado por los que más claramente desafían a las normas. En un contexto de pérdidas y amenazas del entorno (hermanos que emigran, su madre pierde el trabajo y a su padre le rebajan el sueldo) muestra signos de depresión que lleva a la familia a consultar al psiquiatra. Al mismo tiempo inicia una relación apasionada con una chica a la que conoce precisamente en la consulta del psiquiatra. Con esta chica, presumiblemente psicótica, vive una relación corta, llena de experiencias contradictorias (fugas, consumo de drogas, etc.) que termina abruptamente cuando esta lo abandona sin razón aparente. Los padres experimentan alivio y les cuesta acompañar el dolor de su hijo, quien sufre intensamente por la ruptura. En ese momento se realiza cortes en los brazos, en una acción impulsiva cuyas motivaciones él no puede, o no quiere explicar, para la mayor alarma de los adultos (padres y docentes) que llegan a enterarse de esta práctica.

Sólo en un momento posterior, y ya en tratamiento psicoterapéutico, recupera cierto sentido para esta acción y logra ponerlo en palabras, escribiendo poemas que por otra parte se muestra dispuesto a compartir.

“Cicatrices de mi cuerpo/ fúnebres recuerdos/ leves líneas que en un momento/
Aliviaron mis penas, lloraron junto a mí.”

Este hábito, que no es el único que la cultura carcelaria ha derramado sobre la juventud, se ha extendido significativamente en los últimos años. No comporta directamente la idea de suicidio ya que en general son cortes poco profundos, bien que dolorosos. Su consideración merece mayor detenimiento que el que le daremos aquí, pero en general puede decirse que son un intento por recuperar la sensación de estar vivo a través del dolor, como si al derramar su sangre en forma casi ritual se intentase aliviar la vivencia interna de vacío. La cicatriz que queda es además signo de cura e intento de auto-reparación. Como el tatuaje y el piercing, pero de un modo menos elaborado, reflejan un intento dramático por apropiarse del cuerpo y de dar sentido, aún a costa del dolor, a la experiencia de existir. Estos versos que les leía no son muy distantes conceptualmente de aquellos de Garcilaso de la Vega^{xiii}: “No me podrán quitar el dolorido / sentir, si ya del todo/ primero no me quitan el sentido” (p. 86). El sufrimiento es lo que queda ante el anonadamiento que impone la pérdida sin esperanzas del objeto de amor.

El texto de este adolescente, sin embargo, encierra una licencia poética que me parece muy interesante para entender algo peculiar de la sensibilidad de esta época. Mientras Garcilaso confiesa a un interlocutor determinado sus sentimientos, nuestro joven poeta hace del propio dolor, marcado en el cuerpo, el receptor de la pena. “Cicatrices...(que)...lloraron junto a mí.” El adverbio *junto* no remite como la sintaxis parece obligar a un otro que escucha o comparte. La soledad es más radical aún. El dolor vivido como algo ineluctable no busca solidaridad, ni siquiera deja paso a la rebeldía del “no me podrán quitar”. En esta radicalidad del sufrimiento, sin redención ni esperanza, se refleja mucho de la falla de simbolización que es propia de la realidad de los adolescentes contemporáneos.

De un modo general puede afirmarse que ante esa dificultad de encontrar un objeto apropiado para descargar esta violencia vivenciada, la misma puede caer a veces sobre el propio sujeto, u otras veces sobre un objeto sin conexión lógica aparente con el orden de los motivos. En esos momentos la violencia silenciosa deja de serlo. Surge el acto violento, y al

ojo del observador común lo domina la perplejidad. Para pensar lo social estamos acostumbrados a trabajar con paradigmas mecanicistas, del tipo acción - efecto. La rebeldía juvenil como enfrentamiento con el mundo de los adultos, pensado y vivido como opresor, responde a esta lógica dialéctica. Pero en la era del vacío, la magnitud de las fallas de representación que dificultan o impiden el pensar, suele crear este efecto de aparente arbitrariedad que desconcierta y apabulla ante el fenómeno de la violencia juvenil. Lo mismo ocurre ante las manifestaciones que la expresan indirectamente, de modo “silencioso”, cuando se alcanza a percibir las. Es más, sostenemos que el suceso verdaderamente violento en los contextos juveniles actuales es la punta de un iceberg que se continúa “invisible” y más profundamente en situaciones y vivencias de los adolescentes, tomados como sujetos y también como grupo, por donde circulan los efectos de la violencia secundaria abusiva y los efectos de las fallas y deserciones de la función paterna. Como se ve, el psicoanálisis, tanto en la clínica con adolescentes, como en el trabajo interdisciplinario que aborda las cuestiones sociales tiene bastante para ofrecer, ya que ningún otro instrumento teórico puede dar cuenta de modo más acabado de la emergencia de lo inconsciente no ligado, y por lo tanto no representado, bajo la forma de acciones en las que se expresa una violencia banal, y, literalmente, sin sentido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ⁱ Berenstein, Isidoro, "Notas sobre la violencia" en "Violencia visible e invisible" Vs. autores, Revista de APDEBA, Vol. XXII, N° 2, Buenos Aires, 2000.

ⁱⁱ

Winnicott, Donald W.: "Realidad y Juego", Gedisa, Barcelona, 1996.

ⁱⁱⁱ

Perdomo, Rita y col., "Los adolescentes uruguayos hoy", Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1998.

^{iv} Perdomo, Rita y col. "Enfoques con adolescentes" Roca Viva, Montevideo, 1996.

^v

Costanzo, Alicia, "Adolescencia y familia en el fin del milenio" (inédito), Trabajo leído en el 3er. Congreso de AUDEPP, Montevideo, 21 – 24 de mayo de 1998.

^{vi}

Lipovetsky, Gilles, "La era del vacío", Anagrama, Barcelona, 1986.

^{vii} Rascovsky, Arnaldo, "El filicidio", Orión, Buenos Aires, 1973.

^{viii}

Cazenave, Liliana, "La violencia en la civilización de la apariencia", en "Niñez y adolescencia hoy. Ética, amor y violencia en la constitución de la subjetividad", publicación del IX Congreso metropolitano de Psicólogos, APBA, Buenos Aires, 1997 (p. 47 – 50).

^{ix}

Baudrillard, Jean, "La ilusión del fin", Anagrama, Barcelona, 1993.

^x

Aulagnier, Piera, "La violencia de la interpretación; del pictograma al enunciado", Amorrortu, Buenos Aires, 2004.

^{xi}

Casas de Pereda, Myrta, "En el camino de la simbolización", Paidós, Buenos Aires, 1999.

^{xii}

De la Vega, Garcilaso, "Égloga I", en "Poesía completa", Editores Mexicanos Unidos, México 1997 (p.86).